

El paradigma de la sociedad de trabajo

Julio Godio

Para liberar y modernizar los gigantescos yacimientos de trabajo precapitalistas hay que comenzar planteando la necesidad política de suprimir las relaciones sociales de propiedad y poder arcaicas que sostienen la pobreza y la exclusión. Son relaciones sociales concretas: las rentas precapitalistas del suelo rural y urbano, los monopolios de comercialización y crédito, las relaciones de trabajo basadas en variadas formas de servidumbre y esclavitud, el bloqueo a la capacitación y la educación y la inaccesibilidad a los servicios de salud y seguridad social. Sin embargo, la historia contemporánea está llena de experiencias populistas conservadoras o estadocráticas que han fracasado en sus intentos por cambiar esta realidad saltando por encima de la historia. Aunque la utopía milenarista es políticamente movilizadora, también es productivamente inviable.

La economía informacional como motor del progreso

La economía informacional, por sus potencialidades para configurar a la economía mundial, se ha adueñado legítimamente del mito movilizador del progreso. Pero el capitalismo global se ha posesionado de los destinos de la ciencia y la tecnología orientándolas –bajo la hegemonía neoconservadora– de manera exclusiva hacia la creación del valor económico. Los vectores

Julio Godio: sociólogo; director del Instituto del Mundo del Trabajo (Argentina); autor de *Historia del movimiento obrero latinoamericano 1850-1880* (1980), *Historia del movimiento obrero argentino 1880-2000* (1987), *Sociología del trabajo y política* (2001).

Palabras clave: capitalismo, globalización, sociedad de la información, utopía, sociedad de trabajo.

económicos –en contextos de Estados subsidiarios de los mercados– se desvinculan de la economía política de desarrollo, y con ello de las consideraciones éticas, sociales y de las políticas públicas. La ciencia y la tecnología son en gran medida controladas por el capitalismo liberal, cuya prioridad como hemos dicho, es garantizar que las grandes corporaciones se aseguren la realización de ganancias extraordinarias. Si el crecimiento económico incluye altas tasas de desempleo, es el libre mercado quien decide e impone que esas tasas de desempleo sean «transferidas» y «asumidas» por la sociedad.

Para recuperar el control sobre los vectores de la ciencia y la tecnología y lograr su utilización a favor de la humanidad, se requiere detener el desmantelamiento del Estado. Este proceso orienta a países y regiones a abandonar sus funciones de organizador de los mercados, para asumir cada vez más el carácter de Estado policial-represor. Por eso es fundamental concientizar a las sociedades de que las políticas públicas económicas, laborales y sociales son estructuras y herramientas del Estado organizador para preservar la democracia, para organizar a los mercados y para promover el bienestar popular. Estas condiciones políticas son también fundamentales para asegurar la *performance* de las empresas y para fomentar sus funciones sociales. Constituir una nueva hegemonía sociopolítica que restablezca la legitimidad del Estado solo será posible a través de un nuevo vínculo entre la política y el mundo del trabajo. Se trata de construir sociedades de trabajo.

En el interior del mundo del trabajo los progresos tecnológicos adoptan formas concretas materiales y sociales, que hoy, en manos de la derecha mundial pueden atemorizar a los pueblos, pero que a través de Estados y gobiernos democráticos pueden adquirir direccionalidad progresista y asociarse con valores democráticos, reduciéndose así los riesgos de los neofascismos, apuntalados en los populismos conservadores antiglobalización y sus discursos favorables a los Estados autoritarios salvadores y protectores de multitudes desagregadas y asustadas¹. La oposición entre sociedad de trabajo versus sociedad de mercado es local, nacional y mundial. Las estructuras donde compiten ambos modelos sociales son las redes globales virtuales donde se procesan las experiencias, los saberes y las pugnas por el control político. El escenario común es la sociedad de la información. Las redes tienen su sustento básico en Estados Unidos, donde se localiza la mayoría de las grandes corporaciones informáticas. El soporte tecnológico sobre el cual se organiza la sociedad de la información es la articulación entre la nueva lógica entre la

1. J. Bemfica, J. Pereira Cardoso y C. Pimenta de Farías: «Estado y mercado en la construcción de la sociedad de la información global» en Revista *Nueva Sociedad* N° 196, Caracas, 2005.

economía y las comunicaciones que penetran y subsumen a la política y la sociabilidad. En 1995, 16 millones de personas se conectaban en redes de internet, en 2005 serán 1.000 millones, y en 2010 tal vez alcancen los 2.000 millones. Así, casi un tercio de la humanidad se constituye en la base social de la hegemonía político-cultural de los «conectados» sobre gigantescos *gulags* de «desconectados» o «insuficientemente» conectados.

Influir y organizar políticamente a una parte sustancial de ese gigantesco universo de conectados para la lucha contra la globalización capitalista y el «*apartheid* digital», y por una nueva sociabilidad igualitaria y democrática mundial es una acción prioritaria. No será posible volver racional la economía informacional sin organizar sindicalmente a una gran parte de esos conectados que son también «asalariados del conocimiento». Es la primera condición para plantear en serio y con herramientas efectivas la lucha contra la revolución conservadora desde el interior de la economía informacional. Se trata de impedir que internet (instrumento vital para la producción, la seguridad y las comunicaciones mundiales) esté hoy en el centro de los flujos de intereses económicos y psicosociales reaccionarios, y por lo tanto cada vez más expuesta por estar direccionada por los *lobbies* de proveedores, por grupos internacionales que controlan los medios, grandes corporaciones y por gobiernos que están bajo el monitoreo de EEUU. El control de internet debe salir de las entidades privadas y pasar a la regulación de entidades intergubernamentales dentro de un esquema democrático de reestructuración de la Organización de Naciones Unidas.

No se puede quedar fuera de las redes si se pretende influir sobre el orden mundial. Los Estados, partidos democráticos, sindicatos y organizaciones no gubernamentales progresistas, deben movilizarse para establecer casamatas y trincheras contra el diseño actual de las redes de la información. Los sindicatos deben tratar de representar a los trabajadores de las redes, que en gran parte trabajan bajo modalidades de contratación precarias, pero ubicando esta estrategia sindical dentro de la perspectiva sociopolítica del desarrollo de instituciones constituidas, para asegurar los derechos de los ciudadanos a ser el sustento articulador consciente de una nueva ciudadanía digital. El Estado recuperará sus capacidades y los partidos políticos progresistas y de izquierda volverán a ser representativos si en sus agendas se coloca como locomotora del progreso social a una sociedad de la información basada en la participación política de los ciudadanos y ciudadanas según prácticas democráticas. Se requiere una nueva concepción del mundo con normas e instrumentos de control democrático de las nuevas tecnologías de la

información. Caso contrario, el malestar posmoderno será funcional al asalto a la razón que se incuba en el capitalismo liberal global.

La sociedad de trabajo como componente de la economía política

En la construcción de la sociedad de trabajo concurren y se ensamblan varias categorías teóricas, que a su vez incluyen conocimientos y saberes sociales y técnicos. El trabajo, como valor abstracto universal y como valor concreto se realiza a través de las prácticas de profesiones y categorías laborales, y es la sustancia simbólica material de la sociedad de trabajo. El trabajo es, en sus formas abstractas y concretas, como hemos dicho, una de las sustancias de la humanidad. El deseo –que es lo que moviliza a los hombres– y la razón –que es quien ordena esos deseos–, encuentran sustento social a través del trabajo y el amor. Por eso, el trabajo es un atributo esencial de la humanidad. La historia de esa humanidad es la historia de hombres y mujeres que han trabajado en diversas condiciones de organización y al mismo tiempo de explotación. Los continuos impulsos y retrocesos generados dialécticamente por las relaciones de propiedad y distribución de la riqueza han determinado los contenidos del progreso humano.

En tanto construcción esencial para la humanidad, el trabajo como necesidad y aspiración en las sociedades, se ha resistido siempre, pacífica o violentamente, al interés de los grupos sociales minoritarios dominantes de apropiarse del excedente económico y diferenciar entre ocupaciones propias para los hombres dominantes y alienantes para los trabajadores sencillos. El trabajo de calidad para todos es una poderosa utopía movilizadora de la humanidad, entendiendo aquí por utopía una teoría todavía no realizada en la historia, pero que bajo formas probablemente inéditas se realizará. La sociedad de trabajo es un proceso que ha llevado siglos de construcción bajo diversas denominaciones, y no pocas veces a través de los mitos movilizadores de las utopías.

Entrado el siglo XXI, la necesidad de constituir nuevos tipos de sociedades de trabajo cuenta con suficientes bases morales (filosóficas, religiosas, etc.), materiales (tecnológicas, de organización del trabajo, etc.), de modelos socioproductivos (por ejemplo, la todavía presente sociedad industrial, tradiciones comunitarias rurales, etc.), de institutos jurídicos (por ejemplo, los derechos universales al trabajo, establecidos en los documentos fundacionales de la ONU, la Organización Internacional del Trabajo y sus convenios internacionales del área laboral, etc., y en los institutos jurídico-laborales tutelares del trabajo nacionales y supranacionales). Al mismo tiempo, esa

necesidad de constituir sociedades de trabajo es la condición política para bloquear la expansión de las sociedades de mercado. El desenlace «darwinista social» de la sociedad de mercado es tan evidente que además de generar la resistencia social, acelera las reflexiones intelectuales entre los trabajadores y especialistas y con ellas se concretan nuevos avances de las ciencias del trabajo. Estas ciencias deben hacer explícita y fundada la categoría genérica de sociedad de trabajo, proceso teórico en el que concurren categorías, conocimientos, saberes e instituciones. Si bien se corresponden con diferentes universos sociotécnicos, éstos pueden ser agrupados y fundamentar modos de desarrollo sustentable dentro de la categoría abarcativa de economía de mercado.

La sociedad de trabajo en las empresas transformadas

En el universo de empresas transformadas se agrupan las relaciones de producción y distribución propias de la economía y la sociedad de la información. Pero, también se ensamblan relaciones laborales heredadas de la segunda revolución industrial y la sociedad industrial (las empresas tradicionales predominan todavía numéricamente). Se observa que las categorías ocupacionales en los colectivos asalariados de la empresa toyotista y en la empresa fordista se van acercando en sus perfiles laborales. La empresa transformada suele funcionar como un *mix* organizacional de ambos tipos de empresas. La sociedad de trabajo debería funcionar como gran matriz que agrupa y satisface las necesidades propias de los colectivos de trabajo en economías con empresas que se corresponden con diferentes fases tecnológicas y de organización del trabajo. Por ejemplo, un denominador común de las necesidades de los colectivos laborales reside en que los contenidos del trabajo asalariado hoy en día otorgan más importancia a la participación de los trabajadores colectiva o individualmente en el desarrollo y la aplicación de innovaciones productivas que determinan la redefinición de los contenidos del trabajo en su relación con los procesos y productos flexibles. Aumenta la importancia de la capacitación continua y con ella la indispensabilidad para la empresa de la fuerza laboral capacitada. La indispensabilidad se vuelve así un recurso político-jurídico del sindicato para exigir la estabilidad laboral en todo tipo de empresas.

En la «empresa estrella», como hemos dicho, coexisten un núcleo duro de trabajadores calificados con trabajadores no calificados (localizables tanto en las empresas madres como en las subsidiarias). Coexisten diversas formas de contrataciones, por lo tanto un desafío político-laboral inherente a la

constitución de sociedades de trabajo consiste en contar con una legislación del trabajo unificada que garantice el trípode siguiente: a) estabilidad laboral, b) remuneraciones, y c) condiciones de trabajo aceptables para los trabajadores. La productividad del trabajo es fundamental para la buena *performance* de las empresas. Pero siempre debe ser medida dentro del cálculo de la productividad total de los factores (introducción de nuevas tecnologías, contabilidad de costos, optimización de los mercados, políticas crediticias, asistencia tecnológica, capacitación continua de trabajadores y trabajadoras).

Las negociaciones colectivas son herramientas fundamentales para ir construyendo gradualmente pisos aceptables de estabilidad, remuneraciones, condiciones de trabajo y productividad en la economía global según patrones de la sociedad de trabajo. La participación de los trabajadores en la planificación estratégica de la empresa es central. Solo el sindicato que cuente con presencia en las empresas (comités, cuerpos de delegados, delegaciones del sindicato) puede garantizar la participación de los trabajadores y su identificación con la empresa. Empresa, como hemos demostrado, no es lo mismo que empresario, es algo más que empresario y trabajador. Empresa debe ser una comunidad de trabajo.

La sociedad de trabajo en las formaciones económico-sociales

En ningún país existe el modo de producción capitalista en su forma pura. Existen «formaciones económico-sociales». Quizás solo EEUU se aproxima, por su historia *farmer* y protestante, a ese ideal de capitalismo puro. Por el contrario, en la mayoría de los países periféricos, las redes del capital suelen incorporar y utilizar formas de trabajar preindustriales, entre las que se destacan las economías campesinas individuales, las actividades artesanales y manufactureras simples, el comercio de *retail*. Este universo de actividades de baja productividad presenta un signo común: son actividades primarias, secundarias y terciarias en las que todavía no se ha producido una diferenciación estructural dentro de la formación económico-social entre las relaciones sociales y técnicas del capitalismo moderno y las propias de las economías y las sociedades atrasadas con fuertes rasgos precapitalistas. Ahora bien, el universo de la pobreza en gran medida se corresponde con los trabajos de baja productividad informales y campesinos y sus familias, que suman 3.000 millones de personas (casi el 50% de la población mundial). En este universo de pobreza y exclusión social se localizan, en buena parte, las peores formas de explotación del trabajo infantil, subsisten bolsones de mano de obra esclava y el atraso cultural de los trabajadores es utilizado por la aristocracia de la tierra (terratenientes), por las burguesías comerciales y financieras y por

el personal estatal reaccionario, para sojuzgar y explotar a los trabajadores y sus familias.

El problema consiste en que si no se liberan las fuerzas productivas existentes dentro de este universo de pobreza y exclusión será imposible que los aspectos revolucionarios de la sociedad de la información puedan incorporar a esos trabajadores a la productividad y al consumo masivos. Se dice comúnmente que con la segunda revolución industrial la ciudad ha vencido al campo. Se trata de una frase hueca. La ciudad ha vencido en su epidermis al campo, pero la victoria no ha llegado hasta sus capas más profundas: los mundos campesinos y campesinos-indígenas y otras categorías sociales se siguen comportando según los valores religiosos, de parentelas tradicionales, y actúan políticamente en defensa de esos valores. Algunas de esas comunidades suelen ser civilizaciones que tienen sus propios intelectuales tradicionales, que son los jefes políticos y militares autocráticos, sacerdotes y maestros religiosos, y milicias armadas, agrupados en instituciones estatales y civiles decididas a proteger por la fuerza a sus comunidades.

Entonces, ¿qué significa construir progresivamente sociedades de trabajo en este universo de excluidos, donde suelen coexistir la economía individual con fuertes identidades comunitarias? En la gran escala solo existe un camino: potenciar las capacidades productivas individuales, cuya metáfora más sencilla sería transformar al campesino subsistente en granjero y al artesano en fabricante. El objetivo principal no puede ser el cooperativismo, aunque este sea indispensable en ciertas condiciones para fomentar el desarrollo económico y social. Debe ser la promoción de la pequeña empresa familiar productiva, incorporada progresivamente a los mercados locales e internacionales, utilizando las tecnologías de la información bajo la protección y fomento de Estados organizadores de los mercados.

En el universo de los trabajadores de las economías precapitalistas existen diversas relaciones técnicas y sociales de producción. Las relaciones técnicas casi siempre hacen referencia a bajos niveles de productividad. Las relaciones sociales hacen referencia a los sistemas de relaciones sociales, que se organizan sobre la base de relaciones familiares (economías familiares), de contratos laborales no escritos (acuerdos de remuneración monetarios, en especie, mixtos) entre el pequeño propietario del *stock* comercial y trabajadores eventuales y otras modalidades. Lo característico de estas relaciones sociales es la baja densidad de la acumulación de capital y de ahorro, la baja o inexistente tecnificación de los procesos de trabajo y la baja calificación profesional de los

actores. Estas categorías laborales se reproducen bajo niveles de sociabilidad ajustados a los injustos límites culturales y sociales que se derivan de la pobreza y la exclusión social. Si se observa con atención las prácticas sociotécnicas de los campesinos precapitalistas y los trabajadores del sector informal urbano se verifica que existe una gran potencialidad en el desarrollo de sus capacidades productivas individuales, familiares o dentro de las instituciones colectivas (como son las cooperativas de comercialización y servicios, los círculos sociales municipales, la escuela, espacios tradicionales ahora combinados fantásticamente con los incipientes cibercafés que prefiguran el futuro convocando a jóvenes y adultos en pequeñas ciudades del planeta). Todos los procesos de trabajo en las áreas económico-sociales precapitalistas se realizan dentro de civilizaciones y culturas ancestrales que funcionan como proveedoras de símbolos y valores de identidad colectiva. Esas civilizaciones y culturas deben ser respetadas y protegidas dentro del gran paraguas civilizatorio de nuevos modos de desarrollo direccionados según el patrón de la economía informacional.

La vía para liberar y modernizar los gigantescos yacimientos de trabajo precapitalistas comienza por plantear la necesidad política de suprimir las relaciones sociales de propiedad y poder arcaicas que sostienen la pobreza y la exclusión. Son relaciones sociales concretas: las rentas precapitalistas del suelo rural y urbano, los monopolios de comercialización y crédito, las relaciones de trabajo basadas en variadas formas de servidumbre y en la esclavitud, el bloqueo a la capacitación y la educación básica y técnica y la inaccesibilidad a los servicios de salud y seguridad social. Solo se quebrarán a través de la lucha política de esas categorías de trabajadores contra las clases y las burocracias opresoras. Esas luchas forman parte de los derechos de comunidades, etnias, nacionalidades y Estados a la autodeterminación.

Pero no se puede pretender saltar etapas históricas teniendo como meta el comunitarismo populista o el disciplinamiento burocrático del colectivismo forzado del llamado socialismo real. La historia contemporánea –por no remitirnos a pasados más lejanos– está llena de experiencias populistas conservadoras o estadocráticas que han fracasado en sus intentos por congelar o saltar por encima de la historia. Quizás valga la pena recordar el fracaso de las utopías milenaristas agrarias en nuestra región, y comparar esos fracasos con la actual y colosal transformación agraria en China iniciada a fines del siglo pasado, cuando se abandona el régimen de comunas populares y más de 800 millones de familias campesinas pasan a trabajar en unidades productivas independientes familiares coordinadas en la base por los munic-

pios. La utopía milenarista es movilizadora de voluntades colectivas, pero sus capacidades generadoras de instituciones colectivas modernas son limitadas. Como hemos dicho, el cooperativismo y el asociacionismo son importantes. Pero lo que decide en última instancia es la capacidad del Estado para convocar y organizar bajo formas voluntarias y a través de los mercados, a los productores individuales rurales y urbanos a escala local, regional, nacional y en los grandes espacios supranacionales de integración.

Entonces, comienza a quedar claro que para las diversas categorías laborales no capitalistas, la sociedad de trabajo significa sustituir las relaciones de producción y poder atrasadas e injustas por relaciones de producción basadas en diversas y múltiples formas de trabajar, cuyo núcleo duro son las economías y los emprendimientos familiares productivos dentro de economías de mercado. La utopía milenarista es productivamente inviable, aunque pueda ser políticamente movilizadora. Pero también será inviable pretender que los tentáculos de la sociedad industrial capitalista terminen por subsumir a los sistemas laborales precapitalistas. En la era de la economía informacional, de las redes y los flujos, en la era de la aldea mundial, existen los recursos técnicos y culturales para acelerar la liberación de todas las formas de trabajo precapitalista y transformarlas en formas de trabajo individuales, familiares y asociados en variadas formas de empleos decentes y productivos. Se trata de un proceso histórico de larga duración y de desarrollo desigual y combinado entre comunidades, naciones y regiones. Lo que garantiza la unidad de la concepción, obviamente, es una correcta relación entre las metas sociolaborales y la economía política de desarrollo.

La sociedad de trabajo como sustento y la política como transformación

Nadie, en su sano juicio, piensa que una sociedad de trabajo puede constituirse en la economía global, si carece de soportes políticos en Estados-nación o en comunidades políticas supranacionales que aseguren la utilización racional del excedente económico para garantizar el desarrollo. Nadie, en su sano juicio, puede imaginarse una sociedad de trabajo pensada fuera del cálculo macroeconómico. Tampoco es viable el desarrollo sustentable si están ausentes las políticas públicas y los consensos para promover la autonomía y la autoorganización de la sociedad civil.

Como hemos dicho, la sociedad de trabajo no es una utopía. Sus perfiles brotan espontáneamente de una época histórica que abre como necesidad redefinir los contenidos de distintas formas de trabajar. Pero para demostrar

su viabilidad se requiere emprender la lucha para demostrar que es un paradigma científico verificable. El mismo camino que tuvieron que emprender los sindicatos en el siglo XIX para demostrar que reduciendo horas de trabajo a los trabajadores y trabajadoras se estimulaba el uso del recurso de las inversiones tecnológicas para abaratar costos. Debemos recordar también que el camino del keynesianismo para demostrar que el ahorro popular y el consumo de masas eran las mejores herramientas para fortalecer las economías capitalistas, resultó en su momento acertado. Hoy la sociedad de trabajo es una propuesta políticamente correcta porque reestructura y centraliza técnicamente diversas formas de trabajar dentro un nuevo paradigma socioproductivo dinámico.

Es muy importante recuperar y aislar conceptualmente una categoría que hemos utilizado en este capítulo: la formación económico-social. Efectivamente, en cada época histórica un modo de producción es dominante, y a ese modo de producción le corresponden roles laborales y formas de trabajar específicas. Pero por regla general, como hemos dicho, el modo de producción dominante no existe en forma pura. Por el contrario, subordinados a ese modo coexisten otros, anteriormente dominantes y ahora subsistentes de otras formaciones económico-sociales. La combinación entre modos de producción determina que en cada formación económico-social existan variadas situaciones y relaciones laborales. En la actualidad el modo de producción dominante es el capitalista, en pleno proceso de transformación de capitalismo industrial a capitalismo informacional. Este proceso de transformación también incluye la imbricación de diferentes modos de desarrollo del capital (por ejemplo, entre el fordismo y el toyotismo).

Cuando hablamos de construir sociedades de trabajo no nos ubicamos como defensores del capital. El modo de producción capitalista es todavía –y lo será por un largo periodo– dominante. El capital se ha vuelto a su manera global. El capitalismo es un modo de producción con capacidades para «autorrevolucionarse» periódicamente y originar desconcierto y confusión entre sus adversarios sociales e intelectuales. Estamos viviendo una nueva autorrevolución del capital. Está naciendo la sociedad de la información. Pero el modo de desarrollo capitalista informacional –reiteramos– se realiza como relación binaria entre polos de desarrollo y subdesarrollo generando en este último pobreza y desempleo masivos.

El modo de desarrollo del capitalismo liberal, incluye también formas de exclusión social, desempleo, precariedad laboral y autoritarismo empresarial en su propio núcleo dinámico dentro de los países del G-7. Pero, estratégica-

mente, lo nuevo no es solo la autorrevolución del capital, sino que para un largo periodo histórico ha triunfado la economía de mercado a escala mundial. Este último aspecto es históricamente positivo. El mercado es una institución preexistente al capital, y en su larga construcción histórica arrastra prácticas sociales que han constituido mercados, y con ellos han convertido las relaciones de intercambio entre bienes en una forma universal de progreso social. El mercado ha cortado en forma transversal todas las formaciones económicas preexistentes al capital. El comercio mundial ha sido un gran puente de comunicación entre civilizaciones y comunidades en toda la historia de la humanidad. El mercado es una categoría económica universal, mientras que el capitalismo es solo la forma conocida y más desarrollada hasta ahora de realización del valor de las mercancías.

¿Cómo debe pensarse entonces la relación entre sociedades de trabajo y los mercados? Como sociedades que construyan mercados cuyas matrices de acumulación y distribución sean funcionales a la necesidad de expansión de los trabajos productivos según políticas de planificación democrática de los mercados acordados entre los agentes económicos y el Estado, en espacios no solo en escala nacional sino regional y mundial. La vuelta con una nueva relectura de Keynes era inevitable para poder resolver acertadamente la compleja tarea de lograr que, efectivamente, el mercado pueda reinar sobre el capital y no a la inversa.

La sociedad de trabajo no es una utopía. Es una construcción social productivista, igualitaria y humanista. Es una categoría política porque es en sus articulaciones políticas donde se puede asentar la democracia política, motivando a participar (según intereses sociales diferenciados y mundos ideológicos plurales) a los ciudadanos y ciudadanas en las instituciones políticas de la democracia. Dos tercios de la humanidad se identifican más con los beneficios del desarrollo económico que con los valores morales e intelectuales de la democracia. La democracia resulta a esos dos tercios algo ajeno o lejano. Es la economía política del desarrollo la que debe ser políticamente reinstalada para proteger la misma democracia política, porque esta se favorece mediante el desarrollo sustentable con empleos productivos y con el crecimiento de la demanda. La economía política al promover el bienestar apuntala la legitimidad del concepto de gobernabilidad democrática. Ahora se entiende mejor por qué las sociedades de trabajo son parte constitutiva de la economía política. Porque son las sociedades las que a través de sus prácticas organizan las tramas de relaciones entre instituciones económicas, sociales y políticas capacitadas para direccionar y servir de herramienta a los modos de desarrollo democráticos.